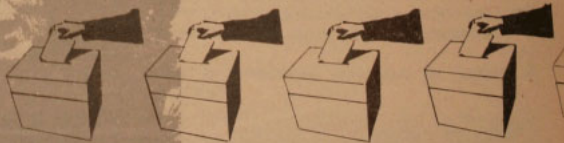


LAS MUJERES CHILENAS FRENTE A LA POLITICA



LAS MUJERES CHILENAS FRENTE A LA POLITICA

Natacha Molina
Claudia Serrano

Pues si somos capaces de pasar, como sobre ascuas, sobre el propio discurso que teórica y prácticamente nos discrimina, sin habernos nunca llevado a poner nada en cuestión, esa misma capacidad de asumir indiscriminada y esquizofrénicamente el discurso del Otro nos debería poner en cuestión a nosotras mismas como investigadoras...

Cecilia Amorós, filósofa española, en *Hacia una crítica de la razón patriarcal* (Madrid, 1985).

A propósito de la ausencia de la mujer en el pensamiento social, esta destacada feminista y filósofa española señala: "Es la ausencia que ni siquiera puede ser detectada como ausencia, porque ni siquiera su lugar vacío se encuentra en ninguna parte; la ausencia de la ausencia — como para el esquizofrénico la figura del padre — es el 'logos' femenino o la mujer como logos; emerge a veces en el discurso masculino, como una isla en el océano, como lo gratuito y lo inexplicable, lo que inesperadamente se encuentra sin haberlo buscado, y el discurso se configura siempre alrededor de este islote bajo el signo de la perplejidad, de un oleaje confuso y recurrente que quiere erosionar y tiene a la vez que reconocer contornos, tallar recortes en el discurso para conceptualizar lo imprevisible, el reino dentro de otro reino. ¿Qué hacer con él?"

Algo parecido ocurre hoy día con el análisis del comportamiento político de las mujeres. El logos femenino, esa ausencia ni pensada ni sentida, surge hoy día en las encuestas de opinión pública y promueve un revuelo de interpretaciones¹.

Bienvenidas sean, pues ofrecen la oportunidad de intercambiar opiniones, contrastar explicaciones, acotar verdades y revisar premisas acerca de la

relación de las mujeres con la política. Mejor aún si la oportunidad surge de una necesidad política: el plebiscito, pues ello aporta terrenalidad (reconoce contornos y talla recortes, diría nuestra autora) a una discusión que, de otro modo, no pasaría más allá de ser vista como un buen ejercicio académico, o como una más de las "inteligibles" demandas feministas.

¿Cómo será la opción de las mujeres en el momento de votar? ¿Con qué criterios construyen sus preferencias políticas? ¿Son éstas distintas a las de los hombres? ¿En qué reside la diferencia, si es que existe? Estas son algunas de las preguntas que orientan el presente artículo.

Son más de tres millones las mujeres que votarán en el próximo plebiscito.

Para describir este conjunto de mujeres sobresalen tres características (Censo de Población):

1. La mayoría de las chilenas que votarán, independientemente de sus características de edad y estado civil, son dueñas de casa (aproximadamente 70%).
2. El 30% restante corresponde a mujeres que trabajan en forma remunerada; entre ellas, la mayoría son solteras (67%) y se desempeñan mayoritariamente en servicios comunales, sociales y personales (58,3%).
3. Cerca de la mitad de las mujeres en edad de votar tienen entre 18 y 30 años. Entre ellas, 40% trabaja remuneradamente. La otra mitad, mujeres mayores de 30 años, son por lo general casadas y su actividad preferente es el trabajo de la casa.

1 Las encuestas utilizadas para este trabajo son:

- Centro de Estudios Públicos (CEP), "Estudio social y de opinión pública en la población de Santiago", Documento de Trabajo No 83, mayo de 1987.

- CED/Fiacso, "Opinión pública y cultura política", Informe de encuestas, agosto de 1987.

- CIS (CED/LET/SUR), a) "Resultados de encuestas", Documento, noviembre de 1987; b) "Resultados de encuestas", Documento, mayo de 1988.

- Diagnos, "La mujer chilena y la política. Resultados de encuestas", mimeo, mayo de 1988.

El universo de las votantes es, entonces, un conjunto de mujeres diferenciadas en segmentos que probablemente tienen intereses y viven carencias distintas en función de sus respectivas condiciones de vida y de trabajo. Una cuestión tan evidente suele olvidarse cuando se trata de hablar de las mujeres. La razón de ello, es que con independencia de la edad, ocupación y estado civil, las mujeres tenemos un destino prefijado biológica y culturalmente alrededor de la maternidad, lo cual aparentemente hace de nosotras un conjunto homogéneo que piensa, siente y actúa más o menos de la misma manera.

Si la maternidad es el eje que define la personalidad y ciudadanía de las mujeres, ella también debería ser clave a la hora de tomar decisiones tan trascendentales como la continuidad o interrupción de un determinado régimen político.

Pero la maternidad es una dimensión que escapa a la política. ¿Por qué? Existen diversas maneras de concebir la labor reproductiva de las mujeres. Una de ellas, la del gobierno actual, es trasladar sin mediaciones el rol de madre, defensora de la vida, en defensora de la patria, y asociar la familia con la organización jerárquica y disciplinada de las fuerzas del orden. Se obtienen así mujeres madres disciplinadas en la tarea espiritual de velar por el orden de la 'casa grande'. Otra manera, la de la oposición, es soslayar el problema: o bien insiste en que la maternidad es una cuestión personal, moral o religiosa (las posiciones del centro), o bien le niega toda influencia en la determinación de la ciudadanía de las mujeres (la posición tradicional de la izquierda). Se obtienen así mujeres que han de negar su condición, o parte de ella, para llegar a ser actores en política.

Uno de los resultados de esta situación es que son los valores tradicionalmente asociados a la maternidad los que constituyen el elemento central en la determinación del comportamiento político femenino. Las mujeres, ese universo heterogéneo con una identidad común, prefiere evitar confrontaciones radicales (¿qué más radical que el SI y el NO?); no se inscribe con la misma frecuencia que los hombres en los registros electorales (el porcentaje de hombres inscritos es 68.0 respecto de un 60.4% de mujeres, según encuesta CIS de abril 1988).

Conviene pues explorar más detenidamente estos temas, no sólo a la luz de las urgencias presentes, sino también para preguntarnos cuál es el tipo de

democracia y de política que hace sentido a las mujeres.

Para aproximarnos a ellos será necesario, en primer lugar, establecer cuáles son los supuestos habituales que se manejan sobre el comportamiento político de las mujeres, descubrir lagunas y sobreentendidos, para luego cotejar esos supuestos con la realidad de su comportamiento en la historia de nuestro país.

1. LAS MUJERES FRENTE A LA POLÍTICA. LOS SUPUESTOS HABITUALES

La reflexión acerca de la relación entre mujeres y política ha permitido acumular un conjunto de hipótesis respecto de su comportamiento político. Su tradicional ausencia en los espacios públicos ha incidido en que se planteen afirmaciones que requieren ser matizadas para la comprensión de la compleja relación entre las mujeres y la política. Entre esas afirmaciones queremos tomar tres para revisar si ellas efectivamente aportan a aclarar el tema que revisamos:

- 1) A las mujeres no les interesa la política;
- 2) Las mujeres han estado ausentes de la política;
- 3) Las mujeres son conservadoras.

Es cierto, las mujeres han estado ausentes de la política, es decir, de los partidos, los debates públicos, los cargos de representación.

Al considerar la relación entre mujeres y política, uno de las cuestiones centrales, más allá de constatar su ausencia, es preguntarse de qué han estado ausentes las mujeres y por qué han estado ausentes. Una manera sugerente de enfrentar el tema es la de Judith Astelarra, quien da vuelta el argumento señalando que no es que a las mujeres no les interese la política, sino que a la política no le interesan las mujeres².

Las mujeres experimentan la política en términos concretos; sus preocupaciones son de la esfera cotidiana, relativas a la vida doméstica y la organización familiar. Los contenidos abstractos de la política no

2 Judith Astelarra, Las mujeres también podemos: otra visión de la política (ICARA Editorial, 1986).

son relevantes para ellas, que pasan la mayor parte del tiempo en actividades reproductivas. Recordemos que en este país sólo un tercio de la población femenina en edad de trabajar tiene un empleo remunerado, y los dos tercios restantes están en la casa. Las mujeres no tienen desinterés por la política, sino que no les atrae una política con contenidos, estilos, horarios y prioridades pensadas por y para los hombres, a la que ellas, para hacerse espacio, tienen que sumarse.

Una de las apelaciones centrales del discurso conservador es aquella que entiende la condición de la mujer como un derivación de la naturaleza. La voluntad de las mujeres, su energía y capacidad estarían en un campo que no es humano, sino 'natural': ser afectiva, conciliadora, espiritual, ajena a las adversidades terrenales. Estas imágenes promueven, a nuestro juicio, una distorsión: la idea de que el comportamiento político de las mujeres es independiente de sus características de vida y del entorno en que esta vida transcurre. Que es parte de una esencia femenina sin historia ni contexto. Por consiguiente, que es difícil —si no imposible— de cambiar, y no vale la pena intentarlo. Aplicado este argumento a la política, se acepta sin responsabilidad que es difícil que las mujeres cambien de comportamiento político, y se las deja cautivas del discurso tradicional que bien recoge el general Pinochet. Por la vía de pensar a las mujeres como seres naturales atemporales, se impide el considerarlas sujetos políticos. Este error, largamente cometido por el pensamiento conservador, terminará tarde o temprano por tornarse un arma en contra. Las mujeres no son el grupo conservador y atomizado que se supone. Que sean pragmáticas y defensivas al velar por los intereses familiares no permite concluir que no tienen opinión política.

Sin duda que hay razones para el argumento —demasiado fácil y demasiado mecánico— de que las mujeres tienen por definición una actitud conservadora y un rechazo a alternativas que signifiquen cambio. Hay sobradas razones para concluir de esta manera. La sociedad que conocemos es de carácter patriarcal, el padre es la autoridad y la razón. Las mujeres son las madres, servidoras, compañeras y apoyo del hombre. La orientación cultural prevaliente hace de la mujer un rol, el de madre, desconociendo su calidad de persona e individuo.

Inventa un discurso halagador que la llama "reina del hogar", y a través de él la sitúa siempre en el campo de lo privado y lo doméstico. Así aisladas las mujeres, y sin otra identidad que la materna, son poco progresistas y poco audaces. Toda su capacidad de desafío y de combate se asocia con la defensa de su mundo familiar, no con la defensa y la reivindicación de cuestiones importantes para ellas como personas.

En la capacidad de ser madres de las mujeres se encuentra un arma de doble filo. Puede otorgar identidad, pero el discurso conservador la usa para relegar a las mujeres a la tradicional esfera doméstica, autorizándolas para actuar en lo público sólo como prolongación lineal del mundo familiar. Ejemplo nítido de ello son Lucía Hiriart y las voluntarias que la siguen.

Sin embargo, en la cuestión materna hay una dimensión de identidad femenina importante que las mujeres deben reconocer y recuperar. Que las mujeres se identifiquen muy profundamente como madres no debe conducir inevitablemente a la desigualdad y la subordinación.

Una cosa es advertir la profundidad de la relación entre mujer y madre en la definición de la identidad de las mujeres y de sus intereses; y otra diferente es sostener que esa relación es intrínsecamente conservadora. El rasgo conservador proviene de un modelo de dominación que asocia en forma inexorable la maternidad al servicio doméstico, la sexualidad al matrimonio, la personalidad de las mujeres a sentimientos de inferioridad y la opinión política a los programas de los partidos.

Una de las tareas necesarias para despejar lo manipulador del discurso maternal en manos de la ideología patriarcal, es recuperar cuestiones positivas femeninas. En los temas que ahora nos interesan —por ejemplo, las motivaciones y formas de actuación de las mujeres en lo público— conviene demostrar que, pese a las afirmaciones más extendidas, las mujeres no siempre y mecánicamente han sido conservadoras. Si han sido anti cambios radicales, anti revolución, anti violencia, anti desorden.

Las mujeres rechazan el caos, el desorden, la inseguridad. La base de esta orientación femenina reticente a situaciones de incertidumbre radica en su condición de madre. La mujer, para su seguridad personal, necesita confiar en que no se vulnerarán las condiciones de vida materiales y psicológicas de sus hijos.

La mujer en Chile se entiende y se define básicamente como madre. La condición de madre actúa en los recovecos del inconsciente. El ideal femenino está social y culturalmente asociado con la capacidad materna. Ya sea que las mujeres tengan o no tengan hijos, este modelo opera con similar fuerza. Incluso al participar en política, al asumir cargos públicos o militar en los partidos, las mujeres no se disocian de una concepción de la acción pública estrechamente relacionada con las capacidades maternas. En un estudio acerca de la participación en política de las mujeres latinoamericanas, Elsa Chaney entrevistó a mujeres peruanas y chilenas. El principal hallazgo de la autora, que la lleva a titular su libro *Supermadre*, es que las mujeres actúan en política en cuanto madres. Chaney no estigmatiza de conservador y apolítico el comportamiento femenino, sino que señala que las mujeres deberían sacar partido de sus campos de acción por excelencia y de sus intereses más profundos para actuar en el dominio público³.

2. LAS MUJERES EN LA POLITICA EN EL PERIODO DEMOCRATICO

Como decíamos más arriba, al examinar la relación entre mujer y política suele hacerse énfasis en las ausencias y el conservantismo femenino. Proponemos en esta ocasión una lectura de nuestra historia que considera también la presencia femenina y su apoyo a iniciativas de reforma y cambio social.

Las mujeres fueron reconocidas como ciudadanas plenas de la República de Chile recién en 1949, cuando en un ceremonioso acto público en el Teatro Municipal, el entonces Presidente Gabriel González Videla firmó la Ley que les concedió el derecho a voto. Han sido ciudadanas de la República de Chile sólo por 24 años. Han votado sólo en cuatro elecciones presidenciales.

Desde comienzos de siglo, las mujeres iniciaron acciones para conseguir una incorporación más plena a la sociedad. La década de los cuarenta fue prolifera en actividades, organizaciones, federaciones y grupos de trabajo autónomos de mujeres. Sin

embargo, ellos no perduraron después de haber obtenido su principal reivindicación, el voto político, y abandonaron sus luchas por mejorar la condición jurídica, económica y cultural de las mujeres. Las organizaciones autónomas desaparecieron y las mujeres, o bien se plegaron a los partidos políticos, o bien renunciaron a las actividades políticas.

El porcentaje de mujeres militantes en partidos políticos fue siempre pequeño. Algunas autoras mencionan 10%, otras 20%. Fueron pocas las mujeres que participaron activamente en los partidos y muchas menos las que llegaron a tener algún cargo en ellos.

Si bien en los partidos las mujeres estuvieron casi ausentes, en materia de participación electoral no fue igual. Participaron responsablemente en las elecciones presidenciales y de Parlamento, en porcentajes siempre superiores a la participación masculina en los eventos electorales. En efecto, la abstención masculina fue siempre mayor que la femenina.

En dos de ellas, en 1952 y 1964, su apoyo fue decisivo para el triunfo de candidatos progresistas, Ibáñez y Frei.

Otro argumento que demuestra que las mujeres han jugado cierto rol en la política y que no han rechazado reformas y progreso social, se encuentra al examinar concretamente cuáles fueron las preferencias electorales de las mujeres. Tanto en elecciones presidenciales como parlamentarias, sumados los votos que apoyaron a los candidatos demócratacristianos y los de partidos de izquierda, es decir, sumadas las opciones por los cambios, la mujer estuvo mayoritariamente a favor de ellos. Tomemos como ejemplo una elección en la que triunfó el candidato de derecha, Jorge Alessandri. El año 1958, si se suma la votación de los otros dos candidatos, Frei y Allende, se supera significativamente la votación femenina que apoyó a Alessandri. Esta votación fue de 148.009 votos para Alessandri contra 200.983 para los otros candidatos⁴.

A pesar de que pocos escaños en el Congreso fueron ocupados por mujeres, comparando la delegación femenina en las Cámaras respecto del resto de los países americanos, incluidos los Estados

3 Elsa Chaney, *Supermadre. Women in politics in Latin America* (Austin: The University of Texas Press, 1979).

4 Mariana Aylwin, Sofía Correa, Magdalena Piñera, *Percepción del rol político de la mujer. Una aproximación histórica* (Santiago: ICHEH, 1986).

Unidos, se observa que Chile llegó a ocupar la delantera en 1968, cuando hubo doce mujeres en el Congreso. En 1973 llegaron al poder legislativo quince mujeres.

La presencia de las mujeres en el Congreso no cambió los estilos de hacer política ni se tradujo en espectaculares cambios en la situación de las mujeres. Sin embargo, la revisión de los archivos y discursos demuestra que en las leyes referidas a la maternidad, asignaciones familiares y similares, estuvo siempre alguna mujer. El mejor ejemplo es que la Ley de Jardines Infantiles salió adelante cuando en 1967 todas las mujeres presentes en el Congreso, sin distinción de partidos, presentaron una moción sobre este tema.

Uno de los episodios más importantes para la historia de la participación política de la mujer lo constituye el apoyo femenino a la candidatura de Ibáñez, en 1952, cuando las mujeres estrenaban por primera vez su derecho a escoger a los presidentes de Chile. En esa oportunidad Ibáñez fue acompañado en su campaña en giras y manifestaciones por María de la Cruz, precursora de una mayor participación femenina en la vida nacional. María de la Cruz presidía un partido político constituido por mujeres, el Partido Femenino. Su existencia demuestra nuevamente que las mujeres no estaban ausentes en la política.

María de la Cruz fue la primera Senadora de la República. Su rol en el triunfo de Ibáñez fue reconocido por él, que retribuyó el apoyo de las mujeres ofreciendo por primera vez una cartera pública a una mujer. Así, María Teresa del Canto llegó a ser la primera ministro de Estado en la Secretaría de Educación.

¿Es posible afirmar que fue conservador un voto que apoyó a Frei, o el que apoyó a Ibáñez? Más bien, las mujeres han sido anti cambios radicales, anti inseguridad e incertidumbre. Aquellos cambios o reformas que visualizan como portadores de seguridad, han sido bienvenidos.

3. LA PARTICIPACION POLITICA DE LA MUJER DURANTE EL PERIODO AUTORITARIO

Desde 1983 el país ha ido recuperando un terreno que devuelve a la política al menos algunos puntos del

espacio que le corresponde en el seno de la vida pública. Han reaparecido los partidos, los dirigentes, los argumentos y las propuestas. Ello, sin embargo, no reemplaza la auténtica participación política libre, competitiva, abierta. Tampoco ayuda a olvidar los diez años de férrea represión a las expresiones políticas que no fueran del régimen. En aquellos años en los que la política, los partidos y los dirigentes estuvieron prohibidos, surgieron numerosas organizaciones de mujeres de variada índole que ocuparon un espacio que era político, pero al que se accedió ampliando los contenidos y las formas de hacer política. Surgieron las organizaciones de derechos humanos, mayoritariamente femeninas, en las cuales las mujeres reclamaron justicia a partir de su calidad de madres, novias, esposas, hermanas de las víctimas. El tema de los derechos humanos, vigorizado por estas organizaciones, fue una de las vías centrales de expresión política en los años más oscuros de la dictadura.

Surgieron también numerosas organizaciones referidas a la sobrevivencia, en las cuales las mujeres pobladoras, por la necesidad de resolver sus urgentes problemas socioeconómicos, rompieron el encierro familiar para actuar colectivamente.

Otro conjunto numeroso de organizaciones de mujeres son aquellas que, en medio del vacío de la política en su expresión tradicional, cuestionaron los contenidos y las formas, los métodos y los estilos, reclamando un espacio para la mujer en su especificidad y su diferencia. Estos grupos de corte feminista tienen un doble carácter. Critican una concepción estrecha de la política y a la vez manifiestan un fuerte espíritu antidictatorial.

Julietta Kirkwood, al referirse a estas organizaciones y la potencia con que surgieron en medio del autoritarismo, señala que las mujeres, al enfrentarse al autoritarismo, estaban frente a un fenómeno para ellas conocido en sus experiencias cotidianas.

En síntesis, tanto al mirar hacia el pasado democrático como al observar el período autoritario, encontramos que las mujeres no han estado ausentes, no han actuado con adhesión y rechazo a los cambios y no son indiferentes ni ingenuas frente a los sucesos políticos. Pero sí se relacionan con el mundo de lo público y con la política de una manera particular.

¿Cuál es esta manera? ¿Cómo se expresa esta diferencia? Las encuestas de opinión que se han

realizado en Chile en los últimos años entregan algunas pistas.

4. LAS MUJERES FRENTE A LA DISYUNTIVA ACTUAL

¿Qué dicen las encuestas sobre diferencias y semejanzas en el comportamiento político de hombres y mujeres?

Hay dos lecturas posibles en las encuestas de opinión: una que da cuenta de las tendencias generales de la población encuestada, y otra que intenta ver, a través de las tendencias generales, la razón de las diferencias entre los sexos, ya sea que ellas sean significativas o simplemente una reproducción acentuada de las tendencias generales. Aquí, el sexo ya no sería considerado sólo como variable, sino más bien una unidad de análisis. Es decir, el sexo sería expresivo de una categoría específica (género femenino), a la cual se suponen comportamientos distintivos, justamente por la connotación genérica, cultural e histórica que esa especificidad contiene. Como se vio antes, hay sobradas razones para pensar que el comportamiento político de las mujeres, su identidad y su ciudadanía, están estrechamente relacionados con el rol materno tal como se desempeña en nuestra sociedades. Y hay también razones de peso para pensar que el ejercicio del rol materno varía según las características de cada grupo o sector de mujeres, características que hacen a unas mujeres más modernas o más tradicionales; más conservadoras o más liberales; más receptivas o más reacias a los discursos políticos, etc. No podremos en esta ocasión hacer sino una lectura insuficiente de los resultados de las encuestas. Dada la presentación de los datos, no hemos podido sino intentar rescatar diferencias y especificidades propias de la mujer. Estamos seguras de que el universo femenino no es homogéneo y que encontraremos casos peculiares y exclusivos según estrato social, trabajo, edad, ciclo familiar, participación social de las mujeres, etc. Nos limitaremos en esta oportunidad a establecer las diferencias en comportamientos y actitudes políticas entre hombres y mujeres.

La opinión política de las mujeres no parece guiarse por las mismas razones (ni por las mismas

pasiones) que la opinión política masculina, y conviene indagar no sólo cómo votarán en el próximo plebiscito, sino también por qué votan como votan, cuáles son los mecanismos que se movilizan alrededor de las opciones SI y NO, y los mensajes que hacen sentido en las mujeres al momento de tomar opciones frente a la política real.

Veamos qué dicen las encuestas.

Las encuestas de opinión aportan un dato significativo: cuando se trata de opinar sobre la situación general del país, sobre los problemas que afectan a la población, sobre economía, política o democracia, más decisivo que el sexo de las personas es el nivel educacional. Si es así, quiere decir que las opiniones dependen más de la información que se tenga sobre los temas consultados que del sexo de las personas.

Pero los datos de las encuestas aportan otra información significativa: saber más de lo que ocurre no implica automáticamente que las mujeres se formen una opinión política de la misma manera que los hombres. En efecto, la variable sexo sí discrimina cuando son consultadas por su interés por la política, por su actitud hacia la participación y por su definición ante el plebiscito.

a) ¿Son apolíticas las mujeres?

Frente a la opción de si la política les interesa mucho, poco o nada, más de la mitad de las mujeres consultadas en la encuesta CED-Flacso realizada a fines de 1986, declaran, "nada": 54%, vs. 38% de los hombres. En la misma encuesta, cuando se les pide elegir entre afirmaciones favorables o desfavorables frente a la democracia, si bien la mayoría de las mujeres considera que la democracia es preferible a cualquier otra forma de gobierno, 53,2% contra 58% de hombres, por lo menos 30% declara que "a la gente como yo lo mismo le da un régimen que otro", alternativa que escogen los hombres en 21,6%.

En la encuesta del equipo CIS, (CED/ILET/SUR) de abril último, 52,9% de mujeres afirma que la política no le interesa nada, contra 45,4% de los hombres. Según estos últimos datos, el apoliticismo no sería un problema simplemente femenino.

Las mujeres tienen con la política una relación compleja. Ese marcado desinterés que manifiestan

alrededor de la mitad de las mujeres no se refiere a todas las áreas de la política ni a todas las materias de decisión pública. Ello se aprecia consistentemente al constatar que en algunos temas, pero no en todos, la mujer se abstiene de opinar, es decir, los experimenta de manera más lejana.

En grupos motivacionales de mujeres de distinta edad y actividad que hemos realizado con el colectivo de estudios sobre Mujer y Política del Instituto de Estudios de la Mujer, encontramos que frente a la pregunta cruda acerca del interés hacia la política, las mujeres señalan no sentirse interesadas. Sin embargo, cuando se pregunta acerca de si la política es materia sólo de los hombres y los expertos, o si la política tiene aspectos que interesen a las mujeres, ellas rápidamente reaccionan señalando que sí, y que las mujeres también votan. El interés que tienen por la política es concreto. No es para ellas el tema principal, no se sienten apasionadas al respecto, no les interesa militar en partidos, pero se interesan en los problemas políticos traducidos a un lenguaje y una experiencia social.

b) ¿Son conservadoras las mujeres?

Contrariando los supuestos habituales, las mujeres no muestran una actitud conservadora. Revisemos las cifras. En la encuesta CIS de noviembre 1987, interrogadas para opinar sobre la sociedad chilena, sólo 12% de mujeres (vs. 11,5% de hombres) consideraron que "está bien como está", sin necesitar ningún cambio. La mayoría de las mujeres considera que la sociedad chilena requiere cambios. Un 37,9% de mujeres opta por "pequeños cambios" (vs. 26,3% en los hombres), 25,9% por cambios radicales (30,6% de los hombres) y 16,7% por reformas políticas, contra 25,8% de los hombres. En esta pregunta, a diferencia de otras, las mujeres no se abstienen de responder, y se dan bajos porcentajes en las categorías "no sabe", "no responde". En síntesis, las mujeres tienen una opinión acerca de la sociedad chilena, y ésta es que se requieren cambios.

Lo anterior se corrobora con la información proveniente de otra pregunta. Se les consultó: "¿Se deben mantener las cosas como están porque Chile en este momento está mejor que nunca, o bien es necesario

hacer cambios porque Chile tiene ahora serios problemas?". La mayoría de los hombres y mujeres prefieren cambiar, en porcentajes que no son muy disímiles. Las chilenas y los chilenos que respondieron la encuesta manifestaron un fuerte juicio crítico a la situación actual.

Cuadro N° 1
Mantención del estado de cosas vs. cambios
(Porcentajes)

	Hombres	Mujeres
Mantener	17,5	20,9
Cambiar	70,2	65,1
No sabe	6,0	7,0
No responde	6,3	7,0

Fuente: Encuesta CIS, abril, 1988.

En esta pregunta, como en la que consulta sobre las preferencias de cambio, nuevamente las alternativas "no sabe" y "no responde" contaron con pocas preferencias. En otras materias la no respuesta femenina es mucho mayor.

c) ¿Qué temas de orden público son más interesantes para las mujeres?

Uno de los aspectos más interesantes que revelan las encuestas es el que surge del análisis de las materias que parecen interesar menos a las mujeres, y de aquellas en las que, por el contrario, muestran alto interés. Desde este enfoque, se comprueba que las cuestiones de orden político en una perspectiva tradicional, pública, ideológica o doctrinaria, no se adecúan bien a la aproximación más experiencial y referida a los problemas tal como se viven, que expresan las mujeres.

Ellas, frente a la marcha del país entendida de forma concreta y a partir de la experiencia de cada una, tienen una opinión y la expresan. No ocurre igual con aquellas preguntas que obligan a la entrevistada a especular en materia política, o a opinar sobre tópicos que requieren información específica. Se aprecia en la encuesta CIS de noviembre 1987, que los puntajes en la categoría "no sabe" sumados a la "no responden" oscilan entre 25% y más de 30% en preguntas tales como:

"Alguna gente dice que las elecciones libres acarrearán problemas al orden público, otra gente dice...que favorecen el orden público, ¿con cuál opinión está Ud. de acuerdo?";

"Alguna gente dice que el plebiscito es importante para restablecer nuestras condiciones democráticas. Otra gente dice que en realidad de trata de poner fin al gobierno de Pinochet, ¿con cuál opinión está Ud?";

"Alguna gente dice que habrá mucha violencia con el cambio de gobierno, otra cree que no, ¿con cuál opinión está Ud.?"

Al ser interrogadas las mujeres sobre la gestión del gobierno en variados campos, ¿en qué materias las mujeres optan por la categoría "No sabe"? En aquellas relativamente abstractas o que se presentan conflictivas, como deuda externa (22,7%), libertades políticas (17,7%). Sin embargo, frente a temas más concretos, relativos a cuestiones más de todos los días, disminuye el porcentaje de mujeres que no responde, a cifras que van entre 2,5 a 7%. Temas con menor respuesta "no sabe" son, por ejemplo, cuestiones como pobreza, atención en salud, costo de la vida.

Otro análisis interesante se refiere al grado de criticidad femenina. En aquellas áreas en las cuales la mujer opina más, es también más crítica frente a la gestión del gobierno. En conjunto, las mujeres, igual que los hombres, son críticas, aunque lo son en menor cantidad y con menos vigor. Los hombres preferentemente optan por opiniones más radicales, evaluando "mal" y "muy mal", mientras que las mujeres seleccionan preferentemente las opciones "más o menos" y "mal".

Si en términos generales la postura masculina es constantemente un poco más crítica que la femenina frente al gobierno, hay materias en que la diferencia por sexo tiende a desaparecer: desorden social, delincuencia, drogas y alcoholismo, y derechos humanos.

Aun más, respecto de pobreza y delincuencia, las mujeres son levemente más críticas que los hombres. Sólo 7,9% considera que el gobierno lo ha hecho "bien" en esa materia; 26,4% considera que lo ha hecho "más o menos", y las restantes se reparten entre "mal" y "muy mal". Más crítica aún es la evaluación de las mujeres en materia de delincuencia. Sólo 8,2% de las respondientes evalúan "bien" la gestión de gobierno respecto de la delincuencia. Las

que evalúan "más o menos" no pasan del 13,5%. Respecto de "desorden social", las preferencias se distribuyen de manera similar.

El análisis de la encuesta CIS respecto de las materias en las cuales las mujeres son más opinantes y más críticas, coincide con el de la Encuesta del Centro de Estudios Públicos, realizada entre diciembre 1986 y enero 1987. Las mujeres consideran, en una proporción levemente mayor que los hombres, que son graves los problemas de terrorismo y atentados, de cesantía, de bajos sueldos y la violación de derechos humanos. Estas preferencias dan cuenta de su deseo de mayor seguridad en el terreno familiar y para los hijos, y revelan en qué medida la delincuencia y el desorden social constituyen para la mujer situaciones amenazantes.

d) Los miedos

Con los temas recién tratados se asocia otro aspecto importante en la estructuración de los comportamientos políticos: el miedo.

El miedo o la incertidumbre frente al futuro, asociado a la pérdida de estabilidad económica, social, política, es relativamente semejante en ambos sexos, pero es más acentuado en el caso de las mujeres.

En la encuesta CED/Flasco, frente a la pregunta "¿Tiene Ud. miedo de que ocurran algunas de las siguientes situaciones en los próximos tres años?", la proporción de respuestas por sexos en cada ítem arroja lo siguiente:

Cuadro N° 2
Situaciones que producirían temor

Temor	Mujeres	Hombres	Diferencia
	%	%	mujeres
Droga y delincuencia	86,6	76,6	10,1
Aumento costo de la vida	81,0	72,0	9,0
Terrorismo	76,0	65,0	11,0
Baja de sueldos y salarios	72,0	64,0	8,0
Represión	68,0	60,0	8,0
Guerra civil	67,5	51,6	15,9
Desorden político	66,7	55,9	10,8
Aumento cesantía	66,6	55,5	11,1
Escasez de viviendas	51,0	48,0	3,0

Fuente: Encuesta CED/Flasco, realizada en octubre, 1986, publicada en agosto, 1987.

Si, las mujeres experimentan más el miedo que los hombres. En un contexto generalizado de miedo, llama la atención que allí donde hay más diferencias es en relación a situaciones que impliquen una ruptura drástica de la estabilidad cotidiana en cualquiera de sus dimensiones. La guerra civil, el terrorismo, el desorden político, rompen violentamente el acontecer diario del país, tanto como la cesantía y el aumento de la droga o delincuencia rompen la armonía del hogar y promueven situaciones de desintegración familiar y social. Al parecer, las mujeres asocian en un mismo conjunto cuestiones de orden social y cuestiones de orden político. El impacto de problemas de cesantía y endeudamiento del hogar son más sentidos por las mujeres que por los hombres. Igual ocurre con los sucesos que abruptamente podrían interrumpir la cotidianidad familiar. En conjunto, las mujeres manifiestan un solo y unánime rechazo a aquello que identifican como amenazante o portador de conflicto y disgregación familiar.

Los resultados preliminares del trabajo con grupos motivacionales realizado en el Instituto de la Mujer, aportan elementos para conocer cómo opera el miedo de las mujeres frente a las situaciones que signifiquen riesgo de desintegración familiar. Frente a una situación conflictiva de cualquier tipo, las mujeres sistemáticamente tienden a evadirla. Irrumpe sistemáticamente el rol conciliador que lleva a evitar rupturas. Este es el común denominador de mujeres con distintas historias personales y sociales.

e) La posición política

Las mujeres manifiestan una alta valoración de la democracia. En la encuesta realizada por el Centro de Estudios Públicos, 64,7% de mujeres señala desear una alternativa democrática para Chile, porcentaje que sube a 73,4% en el caso de los hombres. Un 21,9% de mujeres prefiere un sistema como el actual, con o sin reformas, frente a un porcentaje levemente superior para los hombres (23,0). No es despreciable el 13% de mujeres que no responde.

El conjunto de mujeres que desea democracia para Chile, ¿asocia este contenido con rechazo al régimen militar o con una opción NO en el plebiscito? Aparentemente no, según se desprende de las encuestas.

Diferentes encuestas coinciden en señalar que no

hay grandes diferencias por sexo entre partidarios del régimen militar, pero sí entre opositores. Las encuestas realizadas por la consultora Diagnos en marzo de este año, indican que 21,9% de las mujeres se definirían frente al actual gobierno como partidarias, y los hombres lo hacen en un 21,5%. Opositoras serían 49,5%, mientras que entre los hombres el porcentaje sube a 58%. Dicen permanecer indiferentes frente a la disyuntiva 24% de mujeres, contra 15% de los hombres. Esta indiferencia se asocia al grupo significativo de mujeres que permanece indeciso.

La misma encuesta, al interrogar acerca de la intención de voto, encuentra que votarán SI 19,3% de mujeres vs. 13,3% de hombres. Votarán NO 32,3% de mujeres, porcentaje que sube a 45,2% en hombres. El porcentaje de mujeres que permanece indecisa, categoría que se obtiene sumando los "no sabe" y los "no responde", es de 34,9%

Cuadro N° 3
Composición de la intención de voto

	SI	No	Blanco	No iría a votar	No sabe cómo votar	No resp.
Hombre	20,2	45,3	6,2	3,7	11,2	13,4
Mujer	24,5	33,0	5,5	5,0	19,5	12,4

Fuente: Encuesta CIS, abril 1988

La encuesta CIS de abril último entrega resultados similares. Si bien las mujeres son partidarias del gobierno en una proporción mayor que los hombres, las diferencias no son muy marcadas: 20,2% de los hombres afirma que votará SI contra 24,5% de las mujeres. La diferencia por sexo aumenta considerablemente al mirar los datos de aquellas personas que votarán NO. Entre los hombres, 45,3% opta por el NO, contra 33,0% de las mujeres. Permanecen indecisas, categoría que se obtiene sumando las personas que dicen no saber cómo votarán con aquellas que no responden la pregunta, 31,9% de mujeres. Para los hombres este porcentaje es de 24,6%.

f) La indecisión de las mujeres

El análisis de las preferencias políticas actuales en hombres y mujeres muestra que el aspecto más significativo de las encuestas recientes, es la indecisión de un grupo importante de mujeres, que no

orienta sus preferencias ni al SI ni al NO. Una de cada tres mujeres no ha decidido si votará.

Las mujeres permanecen indecisas, pues si bien no las satisface el régimen actual, la posibilidad del cambio —tal cual se les presenta— es una incógnita que acentúa sus temores. Se enfrentan a una elección sin fecha, a un candidato que aún no se proclama y una propaganda que insiste majaderamente en señalar que un cambio de gobierno significará caos, violencia, inseguridad para las personas y las familias. Las mujeres, así como el conjunto de las personas indecisas que votarán, no encuentran seguridades en la alternativa de voto NO. Desean cambios, pero las asusta que los cambios lleven a una inestabilidad social. El temor mayor es a un empate político en el plebiscito, lo que sube el nivel de tensión y amenaza de violencia.

Estas contradicciones aparecen nítidamente reflejadas en la encuesta Diagnos de marzo de este año, en la que un número importante de mujeres (46,5%) afirma que experimentará sentimientos de esperanza y alegría si triunfa el NO, pero donde un número también importante señala que sentirá temor o in-

seguridad (40%). Estas cifras son respectivamente de 57,5% y 28,6% en el caso de los hombres. Resulta evidente de las cifras la incertidumbre que produce la perspectiva del cambio. Es necesario ofrecer seguridades.

Recapitulando, hemos analizado la relación entre las mujeres y la política en la disyuntiva actual y hemos encontrado que ellas no son indiferentes frente a la política, que no son apolíticas ni conservadoras, y que en ciertas materias prefieren abstenerse de opinar, mientras en otras opinan y critican la gestión oficial del gobierno vigorosamente. Hemos encontrado que las mujeres experimentan miedo, que un número significativo permanece indeciso frente al próximo plebiscito y que, si bien son democráticas, un conjunto importante de mujeres no establece la conexión entre democracia y voto NO. Puede más sobre ellas la amenaza de un post plebiscito incierto. Es necesario dirigir a las mujeres un discurso nítido, enérgico y elocuente que demuestre que no habrá sucesos que atenten contra la seguridad y la integración familiar y social.

